

DE LAS RAICES CRISTIANAS A LA INCULTURACION ACTUAL DE LA FE EN EUROPA

INTRODUCCION

Nos proponemos, a través de este Seminario, descubrir las bases necesarias para afrontar, de forma responsable y actualizada, la evangelización de la Europa del Acta Unica y del libre mercado, una vez enterrada la Europa nacida, con ayuda de forces, de los acuerdos de Yalta. Una Europa, la actual, ensangrentada y humillada por una absurda guerra a la que ningún organismo, civil o religioso, es capaz de poner fin, ni aún siquiera de explicarlo suficientemente; una Europa en la que avanza con ímpetu el agnosticismo y la indiferencia religiosa, que hace que algunos la denominen, incluso, como postcristiana; una Europa desconcertada por la movilidad migratoria procedente de áreas pobres o en conflicto; una Europa, en fin, que aún siendo el viejo Continente, se encuentra ahora en los albores de una nueva configuración geográfica y política, sacudida por un terremoto de demagogias e intolerancias.

No es nuevo que la Iglesia cristiana se mueva en medio de los conflictos de la sociedad. Así es, y así debe ser. De tal forma, que tanto la teología pastoral como la eclesiología se forman y modifican en medio de los conflictos sociales, que son tanto causa como efecto de dichos conflictos. Claro que cuando la Iglesia presenta cara a los conflictos sociales y se involucra y compromete en los problemas que atormentan al

hombre, la Iglesia descubre, define y proyecta su verdadera misión como agente de salvación del género humano.

Consideramos, como argumentos necesarios para nuestra propuesta: (1) El reto que plantea la búsqueda de un mundo más solidario; (2) el análisis de la misión de la Iglesia; (3) la elaboración de una teología contextualizada; y para terminar, (4) trataremos de sugerir qué cosa sea evangelizar.

I. EL RETO DE UN MUNDO MAS SOLIDARIO

Nos encontramos aún al comienzo de la década de los 90. Una época de «reajuste» que es necesario someter a análisis. Se trata de una década estratégica, marcada por la profundidad y rapidez de los cambios globales que obligan a redefinir la correlación de fuerzas que dominarán el inicio del S. XXI. La caída del muro de Berlín a finales de 1989 y el fin de la confrontación Este-Oeste, dan paso a un modelo nuevo de relaciones internacionales que, desgraciadamente, no parece mostrarse como instrumento de resolución de los viejos problemas sociales creados a raíz de la 1ª Guerra Mundial con el inicio de la gran confrontación entre capitalismo y socialismo.

La década de los 90 se presenta proclive a crear un nuevo mundo, con dependencias comunes, una casa común vinculada a un destino común, producto de la revolución tecnológica, de la revolución informática, de las comunicaciones sociales, del desarrollo del transporte y de la creciente conciencia de peligro de un suicidio colectivo por haber superado los límites de demanda de conservación de nuestro planeta. Hace 500 años el mundo se conoció como una unidad geográfica e histórica; en 1992 el mundo se descubre y conoce como una entidad inseparable, aunque dramáticamente dividida.

Las riadas de inmigrantes procedentes tanto de Africa (en otro tiempo cuna de culturas y reserva de bienes naturales) como de la Europa del Este, que penetran y ocupan los suburbios de la opulenta Europa Occidental, cargados de esperanza y desgaste, de impotencia y de cólera, de angustia y de rabia, obligan a las iglesias cristianas del Viejo Continente a hacer un nuevo tipo de teología y a reformular los contenidos de su evangelización, tanto desde el punto de vista conceptual como desde el punto de vista metodológico, sin perder

de vista que el problema sustancial de estos pueblos es, en definitiva, un problema de supervivencia.

Ese hipotético, pero anhelado, Nuevo Orden Mundial que se proclamó después de la Guerra del Golfo, y los elementos de reflexión que brindan, entre otros, documentos como la *Centesimus Annus*, pueden ser referentes básicos para la nueva evangelización de la nueva Europa unida, que tiende a convertirse en el eje productivo, financiero y comercial del mundo, junto con los Cuatro Dragones de Oriente y América del Norte.

II. ANALISIS DE LA MISION DE LA IGLESIA

La Iglesia ha sido definida e interpretada de muy diversas maneras: (a) Como comunidad de creyentes, haciendo referencia a su connotación espiritual; (b) como sociedad religiosa, remarcando su connotación sociológica; (c) como comunidad profética, enfatizando su connotación misionera o espiritual; (d) como sociedad de hombres redimidos por Cristo, evidenciando su connotación teológica.

Todos estos elementos le son necesarios. Ahora bien, para cumplir con su misión ante el mundo, las funciones profética y pastoral le son básicas. Mediante la *misión profética* difunde, desarrolla y promueve la justicia, la reconciliación, la fraternidad y la paz entre los hombres; expresa su concepción del hombre, de los derechos humanos y de los pueblos o naciones. Mediante la *misión pastoral*, la Iglesia ofrece un servicio, un diálogo, una cooperación, una experiencia, un apoyo a la solidaridad, a todos los hombres. No obstante, lo que cada iglesia entiende por misión, está condicionado por su propio modelo eclesial. Con frecuencia la reflexión teológica está encaminada a dar soporte a posturas ya establecidas y cristalizadas, sin abrir un espacio al cambio. En la mayoría de las ocasiones lo que hay que resolver son problemas eclesiológicos para poder tener una visión clara de la misión de la Iglesia. Sobre todo si esta misión ha de ser conjunta, compartida con otras iglesias. En cualquier caso, la Iglesia deberá tener presente, para cumplir con su misión, al hombre como un valor particular y autónomo, como un sujeto portador de la transcendencia de la persona. Es necesario

afirmar al hombre por él mismo, y no por cualquier otro motivo o razón, ¡únicamente por él mismo!

El reto actual es mantener el sentido de misión en medio de un *pluralismo* teológico, eclesial y pastoral. Para ello es *necesario* promover y facilitar la educación teológica entre el pueblo cristiano como un instrumento de reflexión. Lo que tradicionalmente ha sido un privilegio del liderazgo de las iglesias debería extenderse a la generalidad de la comunidad cristiana. Todo ello obliga a derribar las barreras ideológicas que plantean unas iglesias frente a otras; fenómeno que se da también dentro del seno de las propias iglesias entre los sectores conservadores y liberales. Porque, en definitiva, la teología tiene que estar al servicio de una determinada práctica.

III. TEOLOGIA CONTEXTUALIZADA

Lo que estamos planteando debería conducirnos a valorar la importancia de una *teología contextualizada*. Y una teología contextualizada no puede ser neutral a la realidad política y social. La teología funciona dentro de los conflictos político-sociales. Su objetivo es transformar la sociedad para eliminar la injusticia. Y para ello, es preciso reconocer los «demonios» que atormentan a nuestros pueblos, como son:

- la dominación económica, política e ideológica del neoliberalismo;
- el exacerbado individualismo;
- la progresiva desintegración de las infraestructuras y los servicios sociales elementales; y
- la agudización de la pobreza, el narcotráfico, la alienación.

El *proyecto* supremo de Dios, culminado en la obra salvífica de Jesucristo, es la *vida humana*. Las amenazas contra ella son signos de antvida y afrentan al Creador. Es importante regresar al énfasis bíblico que da prioridad a la vida. El desarrollo de la teología de la vida nos llevará a privilegiar lo humano en lugar de la acumulación de poder, bienes y capital. En definitiva, fomentar una *teología de la vida* frente a una *teología de la muerte*. La riqueza de la *diversidad* de las iglesias cristianas, debería ser un estímulo para enriquecer la

vida comunitaria y el trabajo pastoral, entendido ampliamente como la misión de encarnarse en la sociedad que nos rodea.

IV. ¿QUÉ ES EVANGELIZAR?

El reto que deberíamos plantearnos, no ha de ser simplemente *aprender* qué cosa es evangelizar o en qué consiste la *misión* de la Iglesia; el objetivo es *hacerlo*. Por otra parte, la evangelización debe ser cambiante y peregrina, en respuesta a los desafíos que le vienen de fuera. Especialmente en esta sociedad denominada por algunos como postcristiana, la evangelización ya no puede apoyarse en elementos coercitivos. El instrumento ha de ser el *diálogo*. Además, evangelizar es siempre un proyecto incompleto. Por lo tanto, debemos seguir siempre nuestra búsqueda. Yo diría que se trata de adoptar una actitud que a la vez debería convertirse en metodología de trabajo: conocer para entender, entender para comprender, dialogar y cooperar.

La Europa contemporánea, la Europa de las pluralidades étnicas y religiosas demanda:

- que se preste mayor atención, desde actitudes de respeto, a la experiencia y a la fe de los colectivos que se van integrando progresivamente en las ya diversas culturas europeas, procedentes mayoritariamente del Norte de Africa;

- reconocer y potenciar el papel de la mujer en la Iglesia de Jesucristo;

- orientar todo el quehacer teológico en favor de los hombres, estableciendo prioridades bajo las pautas que marca el Evangelio.

Y,

- En lo *teológico*: ver si nuestros conceptos *responden* a preguntas e inquietudes reales que emergen de la crisis actual. Deberíamos plantearnos el rescatar los esfuerzos y aportes de otros investigadores y pensadores (sociólogos, pedagogos, etnólogos), esfuerzos que deben contribuir a redescubrir y reafirmar nuestras identidades.

- En lo *antropológico*: plantearse una revisión de los modelos y pautas machistas, para incluir en nuestro trabajo las perspectivas feministas.

- En lo *educativo*: evaluar que los docentes asuman un compromiso de renovación social, mediante procesos transformadores.

- En lo *eclesial*: recuperar la exigencia evangélica de que las mayorías renuncien a las prerrogativas numéricas para aprovecharse de privilegios sociales.

- En lo *pastoral*: hay que aprender a reflexionar juntos, cristianos con cristianos y cristianos con no cristianos; también con agnósticos y con ateos.

- En lo *misionológico*: es preciso reafirmar el compromiso con el Dios de la Vida, que oye los gritos de los quebrantados. En otras palabras, gritos que proceden de Somalia o de Etiopía, o de la Europa de los Balcanes, o de los centenares de miles de emigrados legales e ilegales desheredados y desasistidos, explotados, alienados y evitados, que pueblan muchos de los suburbios de nuestras poblaciones.

En definitiva, la propuesta que formulamos se centra en:

1) La integración real y permanente entre la teología y la vida, la teoría y la práctica, el discurso evangélico y el comportamiento pastoral.

2) La encarnación-contextualización del Evangelio de Jesucristo en los sufrimientos y las esperanzas de los pueblos y comunidades de fe, en su lucha por una liberación integral.

En este marco, parece importante recordar las palabras de Pablo VI en su *Evangelii Nuntiandi*: «Entre evangelización y promoción humana –desarrollo, liberación– existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de la creación del plan de la redención, que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a las que hay que combatir, y de justicia que hay que restaurar...»

Interesa, pues, la *promoción humana*, en todos los campos: económico, jurídico, cultural y religioso.

El desafío, en las postrimerías de este siglo XIX, es que unos y otros, los cristianos europeos, recuperen los signos

distintivos de la Iglesia primitiva, que recuperen la identidad eclesial de las comunidades de base neotestamentarias y cumplan con su vocación evangelizadora.

CONCLUSION

En cualquier caso, de un encuentro como éste debe emerger la esperanza, aunque sea en medio de tanto desastre como tienen que contemplar nuestros ojos. Pablo Neruda, en otra coyuntura histórica, plasmó este sentimiento, al decir: «Podrán cortar las flores, pero no podrán detener la primavera». A modo de conclusión, me voy a atrever a proponer como reto el texto de Pablo a los Romanos (12, 1-2):

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Pablo, después de desarrollar su más coherente propuesta teológica sobre la revelación de la justicia de Dios y la justificación por la fe, se dirige a sus destinatarios con palabras solemnes para exhortarlos a vivir una vida dinámica, en constante transformación y renovación. Les insta, en otras palabras, a que no sigan la pauta del Imperio, enriquecido gracias al saqueo y a los botines de guerra, a la explotación esclavizadora de la agricultura y las minas y a todo un sistema de explotación en las provincias sometidas. Las leyes y el ejército favorecían el fortalecimiento del Imperio. Hasta muchos poetas alababan el poder de Roma y su emperador. Pero los cristianos no deberían caer en tal postura.

Pablo revela un nuevo mensaje de justicia, estimulando la defensa de la dignidad personal de las minorías marginadas en medio de una sociedad altamente estratificada. El centro del mensaje es: «no conformarse», «transformarse», «renovarse».

Pablo está llamando a una constante transformación y renovación de la mente para no dejarse atrapar por la atracción del ídolo, por el sentimiento de impotencia ante él. Una vida orientada por la lógica de la fe que exige una renovación

constante. En otras palabras, no conformarse ni someterse a la lógica del sistema actual de explotación y sometimiento de las minorías por las mayorías. La transformación permanente ha de llevarnos a descubrir los caminos de Dios y seguirlos.

En definitiva, siguiendo a la *Centesimus Annus*, «la nueva evangelización para Europa ha de tender a hacer desaparecer los fenómenos de marginación y explotación, en el Tercer Mundo, así como todos los fenómenos de alienación humana, especialmente en los países avanzados». Para ello hay que adoptar compromisos concretos de solidaridad mediante proyectos adaptados a cada lugar y circunstancia, previo diagnóstico social serio.

Las Iglesias europeas sentarán las bases de una evangelización eficaz, creando las condiciones para una concertación mundial para el desarrollo integral, enemigo del desarrollismo focal. Naturalmente, esta postura implica el sacrificio de posiciones ventajosas, de las que, como integrantes del «área rica», somos beneficiarios. Claro que, predicar un mensaje que proclama poner fin al despilfarro de los recursos ambientales y humanos, permitiendo que todos los pueblos y colectividades humanas los posean en medida suficiente, tanto aquellos procedentes de los países pobres como los que integran las bolsas de marginación y pobreza de los países ricos, es un mensaje subversivo y utópico, por el que habrá de pagarse un precio, sin duda alguna. Y voy a terminar ya, dejando en el aire algunas preguntas:

1) ¿Qué mensaje tenemos para una sociedad en la que proliferan los mendigos y delincuentes, los drogadictos y desarraigados, una sociedad que lucha para poder seguir sobreviviendo a cualquier costo, incluso el de su propia vida?

2) ¿Qué alternativa podemos ofrecer a las religiones escapistas y a la droga, como hipotéticas soluciones a los problemas estructurales de la sociedad?

3) ¿Qué aportación específica está dispuesto a hacer el cristianismo europeo en favor de la promoción humana como soporte a una evangelización integral?

Una respuesta apoyada en la teología neotestamentaria, podría ser el *amor*. Un amor que no sucumbe ante las ideologías, que es condescendiente y generoso con los más necesitados, que invita a los cristianos a la solidaridad, a crear un medio social acogedor para los inmigrantes africanos, latino-

americanos y los procedentes del Este europeo; un amor dispuesto a sacrificar parte de su PIB en aras del desarrollo de otros pueblos empobrecidos y esquilados; un amor que sale de los templos, que se libera de las liturgias, y milita en medio de la sociedad, contribuyendo a crear un mundo más justo y más fraterno.

MAXIMO GARCIA RUIZ (Bautista)
Madrid